

Los hechos se presentan en fragmentos breves, en reflexiones puntuales, como suele ser la información sobre una enfermedad tan delicada. Restrepo López cuenta conforme los médicos le van diciendo a ella. Hay armonía entre el contenido y la forma. El libro físico como tal, es un volumen de unas dimensiones ideales para cargar y que además por estar encuadernado en tapa dura, mejora las condiciones de uso y transporte, haciéndolo un verdadero libro de bolsillo. De pronto la división de los fragmentos, sin encabezados se presente para confusiones. Quizá para mayor claridad de lectores quisquillosos, se hubieran podido numerar los fragmentos con romanos o poner un asterisco entre ellos.



Asiste el lector a la experiencia de una enfermedad que suele ser diferente según el estado de ánimo de quien la padezca; acá es la de una persona acomodada de las que tienen medicina prepagada o al menos el plan complementario de las EPS. Hubiera valido la pena conocer el plan de salud que tenía la protagonista durante el trance, si usó médicos particulares, si era cotizante directa, beneficiaria del marido o de alguno de los hijos, si usó o pensó usar medicina no convencional. En cualquier caso, sorprende a lo largo del texto que nunca aparece dinero ni urgencias económicas de ningún tipo; ni presencia de plata ni escasez de ella. Sorprende también la ausencia de Dios o de un sucedáneo de éste en una enferma que se percibe profundamente espiritual.

Este es un libro sincero y valeroso escrito en buena prosa. A quien interese van estos dos ejemplos de escritores que también narraron su experiencia como enfermos: *Esa salvaje oscuridad: la historia de mi muerte* (original en inglés de 1996) de Harold Brodkey y

*Esa visible oscuridad: memoria de la locura* (original en inglés de 1990) de William Styron.

Carlos Soler

## Una visión de los vencidos

### *Los yaregués: resistencia y exterminio*

RAFAEL A. VELÁSQUEZ RODRÍGUEZ  
Y VÍCTOR JULIO CASTILLO LEÓN  
Sergio Andrés Díaz Ortiz (ilus.)  
Corporación Memoria & Patrimonio,  
Barrancabermeja, 2011, 324 págs., il.

LA HISTORIA de las comunidades indígenas que han habitado lo que hoy es el territorio colombiano es absolutamente desconocida por la mayor parte de los habitantes del país. Vale recordar que la historia de los indígenas ha sido negada por los mismos conquistadores europeos y por sus descendientes locales, que han continuado con esmero la tarea de aniquilarlos por completo, con la finalidad de justificar, tanto sus crímenes, como los procesos de expropiación de tierras, saberes y culturas indígenas. Por desgracia, esta no es una circunstancia del pasado, sobre lo cual solo quedaría como labor la reconstrucción arqueológica e histórica, sino de gran actualidad, porque en estos mismos momentos los grupos indígenas que aún existen soportan una arremetida similar a la de la primera conquista en el siglo XVI. Esto no debe extrañarnos porque, al fin y al cabo, los terratenientes, gamonales y empresarios de hoy que persiguen a los indígenas para adueñarse de sus tierras y de los recursos que allí se encuentran, son los continuadores y descendientes de los españoles que sometieron a los pueblos autóctonos de América.

Las anteriores circunstancias indican la importancia que tiene cualquier reconstrucción de la historia de los grupos indígenas que han sido borrados de la realidad por la colonización interna y externa, como se hace en el libro que comentamos y que está referido a la etnia de los yaregués, quienes habitaron durante

muchos siglos el territorio localizado en el actual Magdalena Medio, de manera más exacta en la vertiente occidental de la cordillera Oriental, que comprende porciones de los actuales departamentos de Cundinamarca, Boyacá y Santander, principalmente de este último.

De entrada puede percibirse que nos encontramos ante una investigación histórica minuciosa, rigurosa, sistemática y exhaustiva en cuanto a su concepción y factura, pero además con un punto de vista comprometido con la memoria de los indígenas yaregués, protagonistas centrales de esta reconstrucción histórica. Muchos son los méritos que tiene este libro, entre los cuales, de manera esquemática, pueden mencionarse algunos, sin agotar la riqueza de la obra.

La labor de búsqueda y de recolección de fuentes sobre los yaregués hacen de este esfuerzo bibliográfico un ejemplo de rigor documental, porque los autores han revisado con meticulosidad libros, revistas, tesis de grado, investigaciones antropológicas y arqueológicas, crónicas de viajeros, testimonios de aventureros y saqueadores de recursos naturales. Esto les ha permitido presentar una panorámica amplia y diversa, apoyada en datos concretos sobre la milenaria historia de los yaregués.



Los autores muestran una indispensable empatía con los yaregués, lo que les ha permitido hacer una reconstrucción detallada de los diversos momentos de su historia, incluso antes de la llegada de los conquistadores españoles, hasta concluir con el exterminio de esa sociedad en las primeras décadas del siglo XX. En este sentido, la obra puede inscribirse en el ámbito de la historia desde abajo, o de los sectores populares, o de los vencidos, con lo cual se quiere dar a entender que se

amplía el espectro de los protagonistas de la historia, incluyendo en este caso a unas comunidades indígenas que aparte de haber sido destruidas por la “civilización”, el “progreso” y la “evangelización”, es decir, de haber sido vencidas, también han sido borradas de la historiografía oficial del país. Esta investigación cuestiona las versiones convencionales sobre los yaregués, que son aplicables a todas las sociedades indígenas que han sido aniquiladas y perseguidas en los últimos cinco siglos en el territorio de la actual Colombia y a lo largo y ancho de América. Esas versiones oficiales pintan a los pueblos indígenas como “salvajes” y “bárbaros” que se oponen al progreso que encarnaban primero las huestes conquistadoras de origen europeo y luego sus descendientes republicanos durante los siglos XIX y XX. En otras palabras, los autores van contra la corriente dominante que pretende justificar la aniquilación de los indígenas como un costo necesario del progreso, una postura que todavía hoy se sigue exaltando cuando se habla de la explotación de recursos naturales, como el petróleo, en los territorios habitados por comunidades indígenas.

A lo largo de la obra se alude a las razones que impulsaron los procesos de sometimiento de la etnia de los yaregués desde el siglo XVI. Se resalta lo específico de cada momento, pero se destacan las continuidades y similitudes que caracterizaron la avanzada colonizadora en el territorio ancestral de los cacicazgos indígenas del nororiente de lo que hoy se llama Colombia. Entre esas continuidades sobresale la permanente alianza entre la “espada y la cruz”, como expresión de los intereses compartidos de los colonizadores materiales y de los evangelizadores espirituales, que tenían el mismo objetivo de apropiarse de los territorios y recursos que allí se encontraban y convertir de manera forzada a la religión católica a las “almas paganas”, tanto para justificar la colonización, como para evitar la resistencia y rebelión de los indígenas. Queda claro, después de leer este libro, que las mismas razones que en la actualidad se esgrimen para apropiarse de territorios y reservas indígenas, son las mismas que se esgrimieron y se llevaron a la práctica

durante varios siglos para apropiarse de los bienes comunes, convertidos en materias primas y en recursos naturales por el capitalismo. Tanto ayer como hoy se han saqueado la tagua, el caucho, la quina, el oro, el petróleo, la biodiversidad, la fauna y la flora de nuestros territorios y para facilitar su apropiación se han exterminado a los pueblos indígenas, como le sucedió a los yaregués.

En este estudio aparecen ante nuestros ojos, en forma documentada, los responsables del etnocidio, entre quienes aparecen los conquistadores españoles, los sacerdotes católicos, los políticos regionales y nacionales del bipartidismo, los aventureros que andaban en la búsqueda desenfadada de riquezas naturales para vincular al país, ya en el siglo XIX, al capitalismo mundial mediante la consolidación de un modelo agroexportador, lo que suponía la apropiación de todo lo que pudiera convertirse en materia prima a ser consumida en el mercado capitalista europeo o estadounidense. Cuando se considera este aspecto, quedan claros los motivos del exterminio de los yaregués y se revela en toda su magnitud la catadura de prohombres de la historia oficial, que en la práctica eran unos simples delincuentes, pero que han explicado sus acciones genocidas como una necesidad para servir a la “patria” y permitir la inversión de capital extranjero, lo cual solo es posible con el aniquilamiento de los habitantes originarios de estas tierras. Palabras como “reducción de salvajes”, “evangelización”, “pacificación”, adquieren su verdadero sentido criminal cuando se constata, como lo hacen los autores de este libro, todas las atrocidades que se justificaron con esas rimbombantes denominaciones, pletóricas de violencia y dolor.

Dado que esta es una historia de los vencidos, se estudian la resistencia y rebelión de los yaregués, quienes durante varios siglos enfrentaron la colonización y evangelización y defendieron con dignidad y altivez sus territorios y su cultura, con el objetivo de preservar su libertad. En el libro se recrea la acción de Pipaton, Itupeque, Cachui, Laicurapa y otros caciques indígenas que se enfrentaron de manera organizada para mantener la independencia de su pueblo. Esa

resistencia se prolongaría hasta finales del siglo XIX, cuando los yaregués fueron perseguidos y arrinconados por los “empresarios” nacionales y extranjeros que buscaban apropiarse de recursos negociables en el mercado mundial. Para poder hacerlo era indispensable “limpiar” el terreno de los incómodos salvajes. Por este hecho, como los autores lo demuestran con lujo de detalles, desde mediados del siglo XIX florece toda una justificación escrita por parte de esos empresarios y aventureros de Santander y de otros lugares del país, e incluso de cronistas extranjeros, en la que pintan al territorio de los yaregués como un desierto incivilizado que es necesario incorporar a la lógica del progreso, para lo cual era imprescindible exterminar a esos indígenas, lo que efectivamente se hizo y se consumó en forma plena con el descubrimiento del petróleo. Con esto se marcó el fin de este bravo pueblo, cuyos últimos sobrevivientes perecieron a manos de los petroleros yanquis, entre las décadas de 1920 y 1940.

Aunque la edición del libro hubiera podido ser mejor y se habrían podido evitar algunas erratas y problemas de diseño, en general es una obra bien lograda y con un amplio respaldo documental que contribuye al rescate de nuestro rico pero ignorado pasado indígena. Con este trabajo, apoyado en tan amplio bagaje documental, sus autores han hecho una notable contribución a la investigación histórica en Colombia.



Es importante destacar que uno de los autores de este libro, Rafael Velásquez, es un profesor de educación básica y media de Barrancabermeja, con lo que se demuestra que quienes

mejor pueden contribuir en la recuperación de la historia local son los propios habitantes de las regiones. Con este libro queda en evidencia que, a menudo, no son necesarios cuantiosos recursos y sofisticados aparatos de investigación para adentrarse en el conocimiento de la diversidad cultural de nuestro país. Se requiere, más bien, dedicación, disciplina y compromiso con la labor investigativa, como se plasma en esta obra sobre los yaregués.

**Renán Vega Cantor**

Profesor titular,  
Universidad Pedagógica Nacional

## Otra mirada incompleta y parcializada a la Violencia

### *Violencia pública en Colombia 1958-2010*

MARCO PALACIOS

Fondo de Cultura Económica, Bogotá,  
2012, 218 págs.

EL LIBRO es una interpretación sobre el decurso de sesenta años de conflicto armado, el cual, desde 1985, adquirió un nuevo carácter, con nuevos actores como los narcotraficantes y los paramilitares, que no eran “enemigos absolutos”, por lo que se centra en el proceso inconcluso de formación del Estado-nación colombiano, sin dejar de lado la dimensión internacional, presentado en cuatro capítulos y un epílogo.

En el primer capítulo desarrolla teóricamente la expresión “violencia pública”, relacionándola con el continuo conflicto armado que ha sacudido al país desde 1945 al presente, con particular énfasis en el conflicto social, pues este último envuelve al primero. En aras de aclarar las palabras y su renovación permanente, que están inmersas en el proceso de violencia colombiano, adelanta un interesante balance, a lo largo del libro, sobre lo que se ha escrito en Colombia sobre el tema, en el que arranca con los aciertos y deficiencias de los dos

tomos del trabajo pionero de *La Violencia en Colombia* (1962-1964) de Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, considerado como el primer hito bibliográfico sobre el tema. Al igual que otros muchos especialistas, coincide en afirmar que el estudio de Paul Oquist, *Violencia, conflicto y política en Colombia* (1978), es el segundo gran estudio sobre el fenómeno, seguidilla que continuó con los trabajos de Gonzalo Sánchez y Donny Meertens, *Bandoleros, gamonales y campesinos: el caso de la violencia en Colombia* (1983), y los dos tomos de Daniel Pécaut, *Orden y Violencia* (1987) que, desde diferentes ópticas y enfoques, aportaron y enriquecieron los análisis y, sobre todo, suministraron puntos importantes de arranque para posteriores investigaciones, lo que se completó con el estudio colectivo *Colombia: violencia y democracia* (1987) en el que se contempló la categoría analítica de violencias.



En una segunda parte, Palacios describe los momentos de la Violencia, en el que muestra el desarrollo de las dos colectividades políticas tradicionales, el partido Liberal y el partido Conservador. También, presenta el contexto de los cuarenta años que cubrió la Guerra Fría, la cual se transformó, a partir de 1991, y en especial desde septiembre de 2001, por el de la lucha contra el terrorismo o el crimen organizado; en el trasfondo de ese proceso ubica la “modernización”, que tuvo implicaciones importantes en el llamado Tercer Mundo y, como es obvio, en Colombia, todo ello promovido por los Estados Unidos. La situación internacional tuvo particulares manifestaciones en el país; sin embargo, es extraño que no se analizó la doble moral de los Estados Unidos, pues a la vez que emprendió primero una lucha contra el comunismo y la Unión Soviética, y luego contra el

terrorismo y el crimen organizado, siguió vendiendo armas sin importar a quien.

En el capítulo segundo, se describe de manera esquemática la Guerra Fría y la revolución, en el decenio de los sesenta. Desfilan los diferentes intentos de la izquierda revolucionaria por “caracterizar” la sociedad colombiana para diseñar el “modelo” de revolución que debía desarrollarse en Colombia. Describe el desarrollo del marxismo-leninismo en Colombia, en el que tuvo mucho que ver las diferencias internacionales entre la Unión Soviética y China, sin hacer alusiones al socialismo y el trotskismo; proceso que generó diferentes facciones, tendencias y movimientos políticos, como el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), el Movimiento Obrero Estudiantil Campesino (MOEC), y grupos armados como el Ejército de Liberación Nacional (ELN) a partir de 1965, de tendencia castrista, el Ejército Popular de Liberación (EPL) desde 1966, de tendencia maoísta, y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc) a partir de 1966.

Bien mirado, este es un capítulo que reconstruye el trasfondo político de Palacios, su época de estudiante en la Universidad Libre, que coincide con la influencia de la Revolución cubana en el contexto colombiano. Analiza el programa estadounidense de la Alianza para el Progreso, enfatiza en lo tocante a la educación universitaria y la reforma agraria, como estrategias de modernización capitalista para combatir la insurgencia derivada de la Revolución cubana. Es un capítulo muy útil para entender el desenvolvimiento de las ideas marxistas-leninistas, tanto en su versión rusa y china, en los decenios del sesenta y setenta, en especial en la conformación de las guerrillas, su alineamiento internacional, su acción, en apariencia clandestina, en la ciudad y el campo, el reclutamiento de estudiantes universitarios, los problemas enfrentados por esos grupos, de los que destaca, sobre todo, sus fracasos y descalabros.

En el capítulo tercero, se refiere a la guerra contra las drogas, el escalamiento de la violencia y la guerra sucia. Como es el tenor general del libro, es un recuento sobre el comportamiento estratégico de la economía